

Regreso de la Inquisición

El caso Schillebeeckx

LOS periódicos de todo el mundo se hacen eco del proceso contra el famoso teólogo belga —flamenco para ser más precisos—, el dominico padre Schillebeeckx.

Parece enteramente que estamos dando en la Iglesia católica un increíble paso atrás. Son muchos los signos que demuestran esto: los aires unitarios del catolicismo polaco, con su experiencia de bloque compacto durante siglos, apiñado en orden de batalla contra el enemigo ruso y germano, quiere ahora transferirlos el Papa Wojtyła a toda la catolicidad.

Unos vientos cerrados y oscuros planean sobre esta Iglesia, que había intentado en estos años lavar sus culpas de otras épocas con las ventanas abiertas por Juan XXIII durante el Concilio Vaticano II.

En 1967, Pablo VI cambió de rumbo y procuró modificar —aunque no del todo— el anacrónico Tribunal del Santo Oficio, llamado en 1542 de la Inquisición por su antecesor Paulo III cuando se fundó.

El Vaticano hizo hace doce años lo que, por desgracia, es frecuente en estos grandes organismos de poder, cambiarles el nombre sin que el fondo de la cuestión variase suficientemente. No obstante, en aquel momento todo el procedimiento, demasiado inquisidor todavía, fue interpretado tolerantemente por el Papa Montini, que recordaba sus épocas de apertura y defensa del tolerante filósofo católico Maritain, que propugnó en recientes épocas eclesiológicas antiliberales la libertad religiosa fuera y dentro de la Iglesia.

El padre Schillebeeckx cayó dos veces. La primera sin consecuencias, pues su prestigioso colega, el jesuita Karl Rahner, le defendió inteligente y calorosamente en el primer juicio en defensa de la fe que contra él se montó en Roma. Estaba reciente el cambio conciliar de actitud hacia la tolerancia, y todavía no estaba tampoco al frente de la Iglesia un hombre de hierro como el polaco Wojtyła.

Ahora, en cambio, ni sabe Schillebeeckx quién le va a defender, ni la entraña misma de cómo va a ser juzgado. Lo único que conoce es que el juicio se celebrará en francés y con unos jueces de poca calidad teológica, empezando por el responsable de todo, el cardenal Seper, hombre de poca cultura y de experiencia escasamente tolerante, junto con su secretario, el dominico de la vieja usanza padre J. Hamer.

Parece que las alturas de la Iglesia quisieran cebarse hoy contra la que fue terrible orden de Santo Domingo, creada por el

duro español promotor de la lucha cruenta contra los albigenses en el siglo XIII.

Muchos se preguntarán cuál es el motivo inmediato de esta Inquisición sobre la fe de un teólogo tan conocido, apreciado y moderadamente progresista como Schillebeeckx. La razón inmediata es el extenso libro en dos gruesos tomos, publicado en holandés y alemán entre los años 1974 y 1977, titulado: "Jesús: una tentativa de cristología".

En este denso y difícil libro el autor expone con cuidadosos matices la fe del católico en torno al fundador del cristianismo.



El teólogo Edward Schillebeeckx, a su salida del Vaticano.

En él no se plantean las cuestiones más abiertas que otros pensadores católicos han alreado en artículos y libros, que han pasado sin más ataque directo de la Santa Sede. Pero los inquisidores romanos han encontrado en él por lo menos diez cuestiones que consideran heréticas o próximas a la herejía, y quieren —en un probable diálogo de sordos— convencer al dominico belga que se someta a la anticuada teología romana de tan triste recuerdo y pobre categoría intelectual, y que planea como ave agorera sobre la Iglesia toda, al ser im-

puesta por los mecanismos inquisitoriales centrales de esa gran multinacional burocrática que llamamos Vaticano.

Para nada se tiene en cuenta que Schillebeeckx ha sido, con Karl Rahner y con el también dominico Yves Congar, forjador del Concilio Vaticano II, y los tres son los mejores teólogos que tenía la Iglesia hace quince años.

En mi opinión, lo que hay es otra razón oculta, para este ataque imprevisto al padre Schillebeeckx. Su decisiva actuación en la confección y orientación del famoso Catecismo holandés, propiciado y defendido por la jerarquía holandesa, a pesar de la enemiga vaticanista. Un manual religioso que hizo impacto cuando se publicó en 1967, porque suponía un esfuerzo meritorio para expresar en el lenguaje de hoy, y dentro de nuestra cultura contemporánea, tanto el mensaje esencial del Evangelio como las principales doctrinas enseñadas tradicionalmente en la Iglesia católica. Era un feliz ensayo de "puesta al día" de la enseñanza católica, como habla pedido Juan XXIII que se hiciera. Pero es sabida la suspicacia de la burocracia intelectual vaticana contra todos los avances que en el mundo católico no se acoplan al estrecho punto de vista que se mantiene en las alturas de Roma. Y esto a pesar de los fracasos que tal postura intelectual ha experimentado desde hace un siglo largo. La prueba está en el mentís que le dio el propio Concilio Vaticano II cuando estuvieron reunidos los 2.500 obispos del orbe católico, que habían sido dominados hasta entonces por la estrechez de miras de estos curiales romanos.

Hasta ahora, los numerosos teólogos incriminados por la Santa Sede durante el Pontificado del Papa Juan Pablo II, o no han sido llamados a Roma, o cuando lo han sido se han negado rotundamente a acudir a estos juicios de la fe que parecen propios del tiempo de Galileo. Pero el tímido Schillebeeckx ha tenido un rasgo de valentía inesperado al aceptar el enfrentamiento con sus juzgadores romanos.

Lo incongruente de todo este triste acontecimiento es que el Papa haya recordado, ante miembros ilustres de la Academia Pontificia de Ciencias el día 10 de noviembre, que había que reivindicar la figura del más famoso condenado por el Santo Oficio, el físico Galileo Galilei. Así es de incoherente esta cerrada mentalidad eclesiológica que aquí critico: con una mano quiere levantar las acusaciones que contra ella la Historia ha levantado, y con la otra pretende volver a repetir estas mismas condenaciones olvidando la comprensiva actitud que en el Evangelio predicó Jesús constantemente. ■